

Cristo como vida y realidad para la edificación de la morada de Dios en amor

VI. Llevando fruto en el Señor

(Juan 15:1-8)

Jesús, la vid verdadera Hemos sido injertados en la vid verdadera

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15:1-8).

Es maravilloso lo que hemos estado hablando en estos días, porque poco a poco hemos estado viendo lo que hay en el corazón del Señor, y aquí podemos verlo de nuevo con un ejemplo muy sencillo: “*Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador*”. El Señor sabe que a través de estos ejemplos es más fácil para nosotros entender lo que Él está hablando. En la mañana vimos otro ejemplo con el agua de vida. Cuán importante es estar sedientos para venir a Él a buscar el agua de vida.

También hay varios aspectos muy importantes aquí que me gustaría mencionar. El más claro es cuando dice que: “*El pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid*”. Debemos permanecer unidos al Señor para poder llevar fruto. Él lo repite hasta siete veces a lo largo de

estos versículos: “*Permaneced en mí*”. Aquí vemos, y el Señor lo enfatiza, cuán importante es que permanezcamos en Él. El mismo ejemplo lo tenemos con cualquier planta: si tú le cortas una rama, esta se seca y se muere en poco tiempo. Esto es lo que el Señor nos quiere mostrar con esto. Separados del Señor, en poco tiempo, nos secamos y morimos.

Algo que también me llamo mucho la atención aquí es que nosotros originalmente no pertenecíamos a esa vid, sino que fuimos injertados en ella. El Señor nos ha injertado en esa vid y ahora podemos recibir de la savia que procede de ella, y fluye en nosotros. Esto nos muestra que no está en nosotros el producir algún fruto, sino que toda esa savia y toda la fuerza que produce el fruto, viene del Señor.

El Señor también usa otro ejemplo similar en Romanos 11:17-18: “*Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti*”. Aquí nos da el ejemplo con otra planta, el olivo, pero la información sigue siendo la misma, porque el Señor es la raíz y el tronco donde nosotros, como ramas, hemos sido injertados. Él es nuestro fundamento. Por lo tanto dice aquí que: “*Sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti*”. Tampoco debemos mirar a otras ramas y preguntarles que por qué no dan fruto, porque el fruto no procede de mí, no lo produzco yo, sino el Señor. Siempre corremos el riesgo de mirar el fruto que yo estoy llevando y olvidar que eso no procede de nosotros. Por eso nos dice el Señor que no debemos mirar a otras ramas porque la raíz es la que nos sustenta. Debemos recordar de dónde viene el fruto que nosotros damos.

El Padre ama a Su viña

Otro aspecto que también me gustó mucho y quisiera mencionar es el amor que el Señor tiene por nosotros, cómo el Señor nos muestra que Él es el labrador que cuida de Su viña. Encontré otro ejemplo similar en el libro de Isaías: “*Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres*” (Is. 5:1-2). Vemos nuevamente un ejemplo que habla de una viña, y vemos el amor que el Señor tiene por ella y cómo la cuida. Todo ese amor y cuidado por ella tiene como objetivo el obtener el fruto que Dios desea. No cualquier fruto, sino uno bueno y agradable. Si nosotros vemos en nuestras vidas todo lo que el Señor ha hecho por cada uno de nosotros, seguramente

también podremos reconocer en estos versículos ese cuidado que tiene por Su viña. Tenemos que darnos cuenta de que el Señor no quiere solamente que tú y yo seamos felices y todo vaya bien, sino que Él anhela un buen fruto. Tenemos que reconocer que es una cuestión muy importante para cada uno de nosotros, porque si reconoces que el Señor ha hecho tanto por ti, seguramente querrás producir por ti mismo un buen fruto; pero volvamos a lo que hablamos al principio, a los primeros versículos, que el fruto no procede de ti, sino que viene de la raíz, porque ella te sustenta a ti. Esa rica savia es la que nos hace producir el fruto, y eso, entonces, nos libera de cualquier preocupación, porque nuestra única tarea es permanecer unidos a la vid. Eso es lo que Él nos pide.

Incluso aquí vemos que Su viña está en una ladera fértil. El Señor ya nos dio esa buena tierra, ya la tenemos, Él la limpio y la protegió, por lo que el Señor espera obtener un buen fruto de ella. Eso también me recordó los versos que leímos sobre que el Señor también tiene sed. Porque muchas veces solo pensamos: yo tengo sed y voy al Señor, pero nos olvidamos que el Señor también tiene sed. Él anhelaba obtener un buen fruto. Vemos que el Señor tiene anhelos y deseos, y nosotros también podemos cumplirlos. Es maravilloso que podamos cumplir Su anhelo. Creo que eso nos puede llenar por completo. Digámosle: “Señor, quiero cumplir el anhelo de Tu corazón”.

Otra cosa que también vemos aquí es que nosotros podemos llevar un fruto que no es agradable al Señor. Aquí está escrito que Él quiere tener un fruto agradable, pero la vid que Él planto dio un fruto silvestre. Eso puede suceder también en la naturaleza, que tú injertes una planta y una de las ramas de un fruto silvestre. Esto es una imagen del fruto que procede de la carne, el fruto que proviene de nuestro propio esfuerzo; de nada sirve producir un fruto que no sea agradable al Señor, y ahí debemos todos estar alerta de no producir el fruto por nosotros mismos, de nuestra fuerza, sino más bien permanecer en la vid y traer el fruto que Su savia produce en nosotros.

Para llevar fruto debemos estar limpios El Padre nos limpia para glorificarle

Algo que también me llamó mucho la atención es que el labrador viene y limpia la vid. El Señor sabe que para que podamos llevar fruto debemos estar limpios, y no basta solo una limpieza esporádica, sino que debe ser una limpieza constante, a menudo. Nosotros también debemos ser conscientes de ello, de la necesidad que tenemos de ir una y otra vez al Señor, buscando que Él nos limpie, porque es muy fácil ensuciarse estando en el mundo. Vivimos en el mundo y estamos en contacto con muchas personas y con muchas cosas

que nos ensucian, y no nos damos cuenta, pero esas cosas pueden ir poco a poco impidiendo que demos fruto. ¿Qué debemos hacer entonces? No debemos tener miedo o vergüenza de venir a Él porque el labrador ya lo sabe, simplemente tenemos que confiar en que el labrador puede limpiarnos y ayudarnos a llevar fruto. El cuidado que el Señor tuvo por Su vid y Su limpieza tiene como objetivo que produzcamos mucho fruto, y no cualquier fruto, sino mucho fruto agradable al Señor. Aquí nos dice que con esto nosotros glorificamos al Padre. Por lo tanto, esto tiene que llenarnos a nosotros, y gozarnos de traer un fruto agradable al Padre para glorificarle.

Estar preparados con fruto para la venida del Labrador

El ejemplo de los tesalonicenses

También hay un aspecto que no había visto antes en estos versículos, cuando habla de que hay un momento en el que el labrador viene a por el fruto. ¿Qué ocurre con la rama que no tiene fruto? La corta y la echa aparte y es quemada. Nosotros también oímos ayer del ejemplo de que el Señor tiene Su ira. También aquí podemos ver de nuevo que hay un día en el que el Señor vendrá, y ahí se verá si tenemos fruto o no lo tenemos. Debemos estar preparados para esa venida del Señor, y llevar ese fruto agradable para que cuando Él venga lo glorifiquemos. Esa actitud de vivir esperando y anhelando la venida del Señor no debemos perderla nunca.

Hace unas semanas estuvimos disfrutando de las cartas a los Tesalonicenses, y vimos cómo Pablo les habla mucho de prepararse para la venida del Señor. En cada uno de los capítulos de estas cartas se menciona cómo los hermanos esperaban y anhelaban la venida del Señor. Yo creo que si nosotros vivimos cada uno de nuestros días con esa actitud vamos a estar preparados para cuando Él vuelva. Simplemente es importante la actitud de estar esperando y anhelando Su venida. A veces nosotros también pensamos en el fruto que podemos llevar a Dios y nos podemos complicar en nuestra mente, y ponernos a pensar mucho, pero no es algo tan complicado, es muy sencillo.

El fruto del Espíritu es amor

Podemos leer en Gálatas 5:22-23: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”*. Estos versículos comienzan diciendo que el fruto del Espíritu es amor. Creo que ese es el fruto que nosotros debemos producir, el fruto que el Padre anhela, porque Él anhela que nosotros lo amemos

profundamente, y si nosotros lo amamos de esa forma no va a ser difícil permanecer en Él. Si nosotros lo amamos profundamente tampoco va a ser difícil amar a todos los demás hermanos que son Su cuerpo. De esta forma, cuando Él regrese nos va a encontrar llenos de ese fruto del amor. No debemos pensar en si me faltó hacer esto o aquello por Él, sino en que si el Señor vuelve y nos encuentra llenos de amor para Él y para los hermanos, entonces encontrara en Su viña el fruto agradable que desea.

La mejor manera de prepararnos para la venida del Señor es en Su amor

La mejor manera de prepararnos para la venida del Señor es llenarnos de ese amor, pedirle al Señor querer amarle más y estar más enamorados de Él y esperando Su venida con gozo. Muchos hermanos tal vez piensan, y yo mismo lo he pensado: “Señor, no vengas aún, aún tengo que hacer algo, aún tengo que mejorar cosas en mí”, pero creo que debemos dejar esa actitud. Más bien, debemos decirle: “Señor, ven pronto”, y llenarnos simplemente de Su amor y permanecer en Él. Si permanecemos en Él, esa rica savia fluye en nosotros. Me sorprendió mucho cómo hace ya muchos años que en una conferencia en 1989 se hablaba de prepararse para la venida del Señor en amor. Yo creo que este punto es muy actual para nosotros hoy porque es nuestra mejor preparación para Su venida, y también es el fruto más agradable que el Señor como labrador espera de Su viña.

JG